

El punto en la i

LA HECHURA LENTA Y COMPLEJA DE EUROPA

¿ES Europa o es un "club europeo" quien ha cumplido veinte años? La idea de Europa como "continentalidad política"—con unidad de decisión—no hay que buscarla muy atrás en el tiempo. Una cosa fueron el "imperio sacrogermano" o el "imperio carolingio" y otra cosa es Europa. Ni siquiera las ideas sobre la "cristianidad política" de la Edad Media pueden alegarse como verdadero antecedente conceptual de la unidad política de Europa. La cosa es más moderna. Es idea que nace y se formula en la primera mitad del siglo XVI. Nació en la mente de dos españoles de pro: Luis Vives (desterrado voluntario en Brujas y peregrino por Inglaterra, a tiempos) y el doctor Laguna (médico de Carlos V y asentado en Alemania). Con su "Discurso de Europa" postula Laguna la unidad política de los pueblos y tierras europeas hasta Trebisonda. Es decir, hasta lo que hoy es Turquía. Vives todavía escribe influido por el concepto de la "Christianitas" medieval. Laguna piensa ya con la mente proyectada hacia el futuro. Tampoco el imperio napoleónico tuvo un concepto de Europa como estructura política. Pero es un francés, Robert Schuman, hombre de lecturas y de realidades, el que en 1950 lanza la imagen germinal de una posible Europa económica reunida. Años antes había esbozado Churchill en Zurich, con más carga política, el concepto. Después, paso a paso, va naciendo el núcleo de la Europa económicamente vinculada: la OCEA (Comunidad del Carbón y del Acero), en 1951-1952. Jean Monnet es el animador. Cuatro años más tarde (1956),

y en Venecia, se acuerda crear el Mercado Común y el Eurátomo. En 1957 (25 de marzo) cuajan formalmente ambos en el Tratado de Roma.

PERO notemos que no cuaja, con eso, Europa como estructura política. Todavía es sólo un esquema o proyecto de acción vinculante en el plano industrial y atómico. Cuando el esquema introduce en su entramado la agricultura, surgen graves dificultades que todavía, después de varios años de funcionamiento, no se han resuelto del todo. La Europa de los seis primeros componentes se desarrolló bien en lo industrial; no así en lo agrícola. Al extenderse la Comunidad Económica a los nueve—con la inclusión de Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda—, las dificultades se han multiplicado. De hecho, la CEE se halla ahora empantanada. Y el francés Raymond Barre acaba de decir que la entrada de nuevos miembros—concretamente, España, Grecia y Portugal—acrecerá los problemas. Hemos, pues, que a los veinte años de existencia legal, la CEE no termina de realizarse sin entorpecimientos. La "Europa verde" es un quiste dentro de la CEE. Ahora bien, sin la absorción de ese quiste por el organismo comunitario será vano creer en la realidad de Europa como unidad de decisión. Por otro lado, la entrada de Gran Bretaña ha traído para la CEE un período difícil de reajustes que han puesto en crisis el sistema formulado en Roma veinte años hace. La CEE de los años sesenta iba mucho mejor que va, a trancas y barrancas, la CEE de los años setenta. Y todo parece indicar que la suce-

alva incorporación de países en la CEE, aun siendo una exigencia del propio sistema definido en el Tratado de Roma, implicará más problemas cada vez. Quizás la Comunidad empezó por el tejado: la Comunidad Política Europea (actualizando la idea de nuestro Laguna) habría resuelto en su base los problemas de la Comunidad Económica. Pero la integración política exige antes un cambio de mentalidad: pasar del nacionalismo al "continentalismo".

ESTA es la antinomia que una Comunidad "de grupo" lleva consigo. Europa no parece que podrá serlo en toda la verdad del nombre mientras no la integren todos los países que forman el "Continente". Pero esta meta no se ve todavía en el horizonte. La misma comunidad económica "de grupo" suscita recelos entre los mejor y los peor dotados del sistema comunitario. Las realidades económicas, por otro lado, están condicionadas por las mentalidades ideológicas. No es lo mismo una comunidad de economías capitalistas libres que una comunidad de economías socialistas. Las dificultades se aumentan en una comunidad mixta de economías. Y es lo que sucede ahora con la CEE. No cabe aspirar a una comunidad coherente si los sistemas económicos y políticos que la integran son divergentes en su estructura. Se impone un común denominador para que el conjunto integrado funcione con eficacia y sin íntimas contradicciones.

Y a pesar de todo, la CEE ha sido un factor de coherencia regional. Esto no cabe negarlo. Sólo que esa coherencia regional demanda, por su propia dinámica interna, extenderse al Continente Europa para que se consolide en fórmula de solución de los problemas "nacionales". Y "continentalizar" la economía, la política, la tecnología, los modos de pensar, supone un empeño que, hoy por hoy, está vedado por la existencia del "telón de acero".

Bartolomé MOSTAZA